

“Tenemos la palabra profética más segura”*(2 P. 1:19)*

Sal. 2; Éx. 34:29-35; 2 P. 1:16-21; Mt. 17:1-9

Hohenau,
Cap. Miranda,
Encarnación.

Cuando ustedes están andando en bicicleta, en auto, en moto, y ven un semáforo que no está encendido, que está apagado, ¿qué hacen? ¿Siguen de largo, o paran? Si el semáforo está apagado, no les dice lo que tienen que hacer. Pero cuando una de las luces está encendida, sea la verde, la amarilla o la roja, les dice si tienen que parar o seguir.

Cuando nuestro Señor Jesucristo vino a esta tierra, mucha gente siguió de largo. Porque él no se veía diferente a otras personas. Su aspecto físico no hacía que las personas pararan para oírlo a él. Pero un día, Jesús fue a una montaña con tres de sus discípulos, Pedro, Santiago (Jacobo) y Juan, “y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz... Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió, y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mt. 17:2, 5).

Su aspecto cambió. Los discípulos, que lo habían visto muchas veces, vieron que ahora Jesús se veía diferente. Antes, lo habían visto como una persona, un hombre. Pero ese día en la montaña, pudieron también verlo como verdadero Dios, santo, omnipotente, lleno de gloria y majestad. Incluso pudieron oír el testimonio de Dios el Padre con respecto a Dios el Hijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd”.

Este día recordamos ese momento especial en la vida de Jesús y de los discípulos, y lo llamamos domingo de la transfiguración (así es como llamamos el momento en que Su aspecto cambió). Hasta ahora, Jesús había sido como el semáforo cuando las luces están apagadas. Ahora, los discípulos lo vieron como si pudieran ver un semáforo con las luces encendidas. Ellos los vieron como el Hijo de Dios. Dios el Padre les dijo que escucharan a Jesús. Esto quiere decir, por ejemplo, que cuando Jesús les dijo que dejen de maltratar a la gente, que dejen de decir cosas malas, ellos sabían que Dios mismo les estaba hablando. Y también, cuando Jesús les dijo que fueran por el mundo con el mensaje de su amor para todas las personas, que fueran con los que necesitaban ayuda, ellos supieron que Dios mismo les estaba diciendo a ellos que fueran a enseñar y servir.

A veces olvidamos que hemos visto la luz para nuestras vidas en la persona de Jesucristo. Esto nos pasa, por ejemplo, cuando nos acostumbramos a saber que estamos bautizados, pero olvidamos recordar también el poder que tiene el bautismo de Jesucristo en nuestras vidas, lo que significa. También nos pasa que nos acostumbramos a tener nuestra Biblia en casa, pero, ¿dónde está ella? ¿Qué uso le damos? O sabemos que debemos amar y ayudar al prójimo, ¿pero realmente lo hacemos?

Es por eso que necesitamos oír a Dios, para que ilumine nuestro caminar día tras día, y no llevar una vida de oscuridad, una vida perdida en pecados, una vida que no le agrada a Dios. Necesitamos el bautismo, la palabra de Dios y la santa cena, porque a través de estos medios de gracia, Jesús resplandece en nuestro hogar, nos ilumina con su gracia, y nos dice cuándo parar y cuándo seguir. Ustedes pueden tener el privilegio que tuvieron Pedro, Santiago y Juan, de poder ver la belleza de Cristo, del milagro de su perdón y amor que alumbra otra vez sus hogares en este año 2017. Oigan su Palabra. Lean su Palabra. Tenemos la palabra profética más segura. Y podrán ver la luz del Señor Jesucristo brillar en sus vidas.

El apóstol Pedro dice en su segunda carta: “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en un lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (2 P. 1:19). Esto quiere decir, hermanos, lo siguiente: Cuando una persona predica o enseña la palabra de Dios, es para dar seguridad a sus conciencias y dar fuerza a sus corazones, de modo que no desfallezca. Y así todos nosotros, ustedes y yo, podamos estar seguros de poseer la palabra de Dios y no el resultado de la imaginación de algún charlatán de turno, que inventa palabras que Dios no dijo, y que promete a la gente cosas que el Señor nunca prometió. El evangelio es algo muy serio, debe ser aceptado y conservado en toda su pureza, sin agregados humanos, lo que nosotros llamamos “falsas doctrinas”, o también “herejías”.

¿Por qué san Pedro se ocupa en decirles a los cristianos de su época “tenemos también la palabra profética más segura”? La respuesta es la siguiente. Es como si Pedro dijera: “De aquí en adelante, ya no tendremos más profetas ni apóstoles en la iglesia, como los que se presentaron a los judíos en el tiempo del Antiguo Testamento, o como en los días de Cristo. Así que será necesario de ahora en adelante que ustedes se aferren a las Escrituras proféticas y apostólicas del Antiguo y del Nuevo Testamento (la Biblia), que han recibido de Dios, y que fue escrita por inspiración de Dios Espíritu Santo a través de santos hombres.” Esta manera de pensar del apóstol Pedro concuerda perfectamente con lo que escribe más adelante, en el capítulo 2: Porque “habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina” (2 P. 2:1). Estos falsos predicadores y profetas quieren enriquecerse a costa de ustedes; y les dan espejitos de colores a cambio de las riquezas de ustedes. Porque no se preocupan por el alma de ustedes, sino por su bolsillo: “Por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas” (2 P. 2:3).

Por eso mismo, el evangelio que predicán esta gente es falso. Dicen “soñé, soñé, tuve una visión”, o también “el Señor me dijo”, pero lo que dicen no concuerda con el testimonio de la Escritura. Tampoco aceptan que ustedes sometan a prueba lo que ellos dicen y enseñan, por temor a ser descubiertos sus astutos planes. Esta gente son predicadores de la mentira, nubes sin agua, inflados de orgullo y vanidad. Solo predicán lo que la gente quiere escuchar y por eso son muchos los que les siguen. Esta es una señal clara de que estamos viviendo los últimos tiempos (Mt. 24:24). Pero ustedes no se preocupen, ni les teman. Solamente aférense a la palabra profética más segura, el claro evangelio de Jesús nuestro Señor, y a sus sacramentos del Bautismo y de la Santa Cena.

Mientras que el evangelio o la palabra profética más segura trae luz, vida y salvación, por el contrario la herejía o falsa doctrina trae oscuridad espiritual y ocasiona destrucción. Por eso es necesario que ustedes digan y piensen de este modo: “Yo sé y creo que tengo la palabra de Dios, la palabra profética más segura, y su clara interpretación, sin agregados humanos. Dios ha iluminado mi vida con esta santa Palabra, para que no camine más en oscuridad, sino en luz. Por lo tanto, no me dejaré seducir o engañar por el primero que venga diciéndose profeta o apóstol. Examinaré su predicación y doctrina, a ver si se ajusta realmente a la palabra de Dios”.

Por lo tanto, queridos hermanos, no importa lo impresionante y convincente que resulte el tal o cual maestro o predicador. No se preocupen tampoco si les dice que él o ella tiene el Espíritu Santo. Porque si en sus palabras no encuentran la palabra de Dios en su auténtica interpretación, ¿cómo podrá tener entonces el Espíritu Santo? Antes bien, como niega a Dios, a Cristo como Dios y hombre, y a su Palabra, tal persona tiene el espíritu del anticristo. Por lo tanto, esos supuestos profetas y apóstoles en realidad llaman luz a lo que es oscuridad, y oscuridad a lo que es luz.

Pero aquel que lee o escucha la palabra de Dios, el Evangelio, que nos dice que es Jesucristo, el Hijo de Dios, siendo Dios y hombre, el que nos ha redimido de la muerte, del pecado y el infierno a través de su sangre derramada en cruz, y por gloriosa resurrección de entre los muertos al tercer día, quien oye y cree esto, es una persona iluminada y redimida. Porque a esta persona el evangelio, como una lámpara encendida, le ilumina el corazón y le enseña que lo que debe saber y hacer. Sin embargo, cuando falta la palabra profética más segura, el evangelio de Cristo, las personas andan perdidas, buscando el camino al cielo a través de sus propias obras totalmente inventadas, porque la luz del evangelio de Jesucristo todavía no ha resplandecido en ellas, y por lo tanto no les capacita para ver en medio de las tinieblas. Los que por la dureza de su corazón que no recibieron la luz, están condenados a vivir en oscuridad en este tiempo, y a caminar ciegos.

Para poder ver, necesitará una luz. En medio de la oscuridad, Dios ha prendido una luz del evangelio. Porque “lámpara es a mis pies tu Palabra, y lumbrera a mi camino” (Sal. 119:105). Con esta luz podemos ver otra vez y caminar todo el tiempo que permanezcamos en la tierra, hasta que llegue el amanecer y reine el día, es decir, el día de la segunda venida de nuestro Salvador Jesucristo. Por lo tanto, debemos apegarnos a la luz del evangelio, la palabra profética más segura, hasta el último día, momento en que habremos dejado de necesitar la Palabra y los Sacramentos, del mismo modo que la luz artificial ya no es más necesaria con la llegada del día. Amén.